

LA SOBERBIA DE LOS SOBERANOS

La política está *gramaticalizada*, quién la *desgramaticalizará*, etc. En la escuela se enseñaba que no era lo mismo un “pobre hombre” que un “hombre pobre”. Ahora se discute sobre si hay “presos políticos” o “políticos presos”. El orden de los factores sí altera el producto. ¿Cuál es el sustantivo? ¿Y el adjetivo? En cualquier caso, una cosa es indiscutible: algunas personas están en la cárcel. Y esas personas, además de ser políticos, son cosas como padres, abogados, socios de un equipo, reumáticos, etc. Claro es que todas esas personas no se hallan entre rejas por ser todas esas cosas. Están presos – se dice - “por sus ideas”. Sin embargo, no se entiende muy bien que millares de personas, expresando tales ideas, no sean encarceladas. ¿Será por su elevado número? ¿O porque, a pesar de sus ideas, no han incumplido la ley vigente? Yo puedo pensar que la propiedad es un robo, pero esto no me autoriza a quitarle el reloj al vecino. Ahora bien, si son muchos los que desean robar relojes al vecino tal vez haya que revisar la hora para ver si todos los relojes andan al mismo paso. La nave de España, como Houston, tiene un problema grave. Y Cataluña también. El Estado es lo suficientemente fuerte para no quebrarse y lo bastante débil para asimilar en sí al nacionalismo separatista. Así llevamos siglos “conllevándonos”, según la expresión orteguiana. Se diría que nuestra nación, o lo que quiera llamarse, ha nacido deforme y contrahecha con un mal congénito. El fracaso del constitucionalismo español durante el siglo XIX consistió en hacer de la Carta magna un “trágala”. Tres guerras civiles desembocaron en una nueva y todavía más cruel guerra fratricida. El corazón del españolito que venía al mundo era congelado por una de las “dos Españas”. Según parece, hoy tenemos también “dos Cataluñas”: la Cataluña de los buenos, los nacionales, y la “anti-Cataluña” traidora, los “españoles en Cataluña”. Hemos pasado de la política del avestruz de unos a la política del patadón a la puerta de otros. No querer ver el problema o tomar por la calle de en medio. Estamos ante una pugna de valentones: ¿quién está sobre quién en su soberanía? Sobra pasión, falta raciocinio. No es posible diálogo cuando no se renuncia a las posiciones extremas. Se precisa un nuevo pacto, pero no para deshacer sino para rehacer; para encajar, no para disgregar. La Constitución no es una valla para

saltar a la torera ni tampoco un corsé, un texto sagrado. Pero esto requiere la generosidad y la amplitud de miras de la clase política durante la transición. ¿Quién le pone hoy el cascabel al gato?

9 de julio de 2018
Pablo Galindo Arlés